

LA VIDA EN EL ESPIRITU

Un estudio en el capítulo ocho de Romanos

*Dedicado a Dolores Durán
que me animó a hacer este trabajo*

INTRODUCCIÓN

Es importante al estudiar este capítulo tener en mente que es la continuación del capítulo siete, que no estamos ante un texto desconectado o suelto, sin relación con lo que Pablo nos viene diciendo anteriormente. Desde el capítulo 5:12 está desarrollando el tema de la santificación “según Dios”, conforme a lo que El ha hecho en Cristo para nosotros.

Anteriormente (1:18 a 5:11) Pablo nos ha explicado la salvación o justificación también “según Dios” que difiere mucho de cómo las personas la imaginan, la suponen y la piensan. Así, humanamente consideramos que la salvación se alcanza por ser buenos, por no hacer mal a nadie, por guardar los mandamientos, por esforzarnos en hacer las cosas lo mejor que podemos. Si salimos a la calle y preguntamos a la gente, esto es lo que nos dirán.

Pero Dios nos sorprende en Su Palabra diciéndonos que no somos lo suficientemente buenos como para alcanzar el Cielo por méritos nuestros. Que no hay ni siquiera uno tan intachable para conseguirlo, que por el contrario y a pesar de lo que nos creemos, somos pecadores perdidos, que lo que ya hemos hecho de malo, nos condena. Que hemos vulnerado una y otra vez sus mandamientos, su Ley, sus deseos. Pero que El mandó a su Hijo Jesucristo no para condenarnos, sino para salvarnos, Jesús vino a la tierra con una misión: La de cargar con nuestros pecados en la cruz, la de hacer la paz entre Dios y los hombres por su muerte; él fue hecho pecado por nosotros y castigado como el malhechor de los malhechores; en la cruz El cargó todos y cada uno de nuestros pecados.

Una vez saldada la deuda de la raza humana con el Cielo, Dios ofrece perdón y salvación gratuitos para todo aquel que cree en Jesucristo, quien murió y resucitó para nuestra justificación. Esta es la salvación “según Dios” La única que vale. El nos ofrece una cosa ya hecha, perfectamente terminada, es un regalo y es sorprendente ¡nos descoloca! El lo ha hecho todo, nosotros sólo tenemos que creerlo y recibirlo por fe.

Así nos lo muestran los apóstoles:

Pablo,

“Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.” Romanos 10:8-9

Juan,

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” Juan 3:16

Pedro,

“Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.” Hechos 4:11-12

Pero para los que rechazan este regalo de Dios no queda otra esperanza:

“El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.” Juan 3:18

DIOS NOS SORPRENDE

Pero volviendo al tema que nos ocupa, vamos a mirar brevemente el capítulo siete para estudiar el ocho desde esa perspectiva, aquí Pablo, en los seis primeros versículos nos enseña de nuestra muerte con Cristo que nos libera del servicio a la Ley de Dios, lo ilustra con la mujer que queda libre para casarse con otro hombre por la muerte de su marido y nos dice:

“Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios” Romanos 7:4

El tema de nuestra unión con Cristo en su muerte y resurrección es constante en esta sección y es importante que lo comprendamos para disfrutar “la santificación según Dios” porque también nos descoloca y nos sorprende ya que El no va por donde vamos nosotros. Humanamente pensamos que es cuestión de esfuerzo, de lucha contra el pecado, de autocontrol, de disciplina hasta ir alcanzando la santidad después de años de lucha y esfuerzo interminable. Sin embargo Dios lo hace de otra manera, acabando en Cristo con todos nuestros esfuerzos, con nosotros mismos. El sabe que por mucho que luchemos no vamos a conseguir nada, esto es lo que Pablo nos enseña en primera persona en el resto del capítulo siete: El fracaso del esfuerzo humano, aun como creyentes. Así que Dios opta por acabar con nuestra vida de derrota en la muerte de Cristo y darnos otra vida, esta de victoria, en Su resurrección.

Nuestra muerte con Cristo nos imparte una nueva vida:

“Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.” Romanos 6:4

Nuestra muerte con Cristo nos liberta del pecado:

“sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.” Romanos 6:6

Nuestra muerte con Cristo nos liberta de la obligación de la Ley:

“Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra.” Romanos 7:6

Claro, esto es muy fuerte para asimilar así como así, sobre todo eso de que hemos muerto a la Ley, porque se trata de la Ley de Dios, su “perfecta Ley” como canta el salmista. Pero Dios es realista y quiere que nosotros también lo seamos ¡No podemos cumplirla! Y menos de un cumplimiento cabal y perfecto todos los días, no vale. Aparte de eso resulta que la misma Ley provoca en nosotros una reacción contraria produciendo “fruto para muerte”

“Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte.” Romanos 7:5

Hasta aquí Pablo nos ha enseñado lo que Dios ha hecho en Cristo para nuestra santificación, al igual que en la salvación, en este tema también todo está hecho, porque Cristo ya murió y resucitó, toda la obra está perfectamente acabada. Pero quiere dar un paso más en su enseñanza y como si él mismo no hubiera entendido lo que dice, se empeña en el resto del capítulo a esforzarse en vivir para Dios tratando de alcanzar la mejor meta: La Ley. ¡Qué lección nos da! ¡Es la sicología espiritual más enriquecedora que podemos encontrar en ningún otro libro! ¡Sólo el Espíritu Santo puede alumbrar a esas profundidades! ¿Qué es lo que consigue? Miremos algunos versículos:

“Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.” Romanos 7:14-23

A todos nos ha llamado la atención este pasaje, lo que no hemos sabido ha sido dónde “colocarlo” en la experiencia del apóstol, no nos lo imaginamos con este conflicto cada día haciendo el trabajo que hacía, porque nosotros mismos somos incapaces de hacer algo útil cuando estamos viviendo este problema, y aunque es posible que Pablo llegó en algún momento a exclamar: “¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?” Romanos 7:24; al tiempo que escribe ya lo ha superado, ya ha entrado en “la santificación según Dios”.

El va introduciendo por primera vez algunas palabras que va a usar en el siguiente capítulo y que es importante que fijemos nuestra atención en ellas:

“La ley del pecado”; *pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.* Este es el descubrimiento que realiza al intentar poner todo su empeño en vivir como la Ley de Dios demanda. ¡Hay un grave problema en él mismo, que le impide alcanzar las nobles metas que se propone!

“La carne” *“Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado.” Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien* Descubre que él mismo es carnal, vendido al pecado. Y que en él mismo, en su carne, no mora el bien. Aun en lo mejor de él mismo, como eran sus mejores propósitos, sus más nobles anhelos, sus mejores intenciones... ¿Puedes decir tú lo mismo? Seguro que sí, lo mismo que yo. ¿Entonces, qué hacemos? ¿Nos quedamos ahí? ¿O miramos el capítulo ocho? ¿Hay allí alguna solución? ¡Claro que sí!

LA OBRA DE DIOS Y SUS RESULTADOS EN NOSOTROS.

En los primeros cuatro versículos del capítulo ocho, Pablo nos muestra lo que Dios ha hecho en Cristo para que podamos experimentar en la vida diaria, en el día a día, una nueva libertad y victoria como no habíamos conseguido antes a pesar de todos nuestros esfuerzos, luchas y buenos propósitos. Como la salvación, también la santificación es algo que ya está hecho y que nuestra parte es disfrutarla por fe. Vamos a mirarlos uno a uno.

1 *“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”.*

Vamos a fijarnos en la frase *“ los que están en Cristo Jesús ”* ¿Qué quiere decir? ¿Es algo especial para los privilegiados? ¿Para los maduros? ¿Los que llevan muchos años en el evangelio? No, sino que en el mismo instante en que reconocimos nuestra ruina espiritual y acudimos a Jesucristo para recibir perdón y salvación, Dios no solo nos perdonó y nos salvó, sino que “nos puso en su Hijo” ¿Qué quiere decir esto? Que nos incluyó en su muerte y su resurrección haciéndonos partícipes de su vida, dice en Colosenses 3:3 *“vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”* Estamos “escondidos” en Cristo, estamos “en Cristo” ¿Todos los creyentes? Sí, todos. ¿Lo dice Su Palabra, no? Y a pesar de cómo nos podamos sentir, es así. Entonces fíjate en esa promesa o resultado de estar en Cristo: *“Ahora, pues, ninguna condenación hay”* Sé que estas palabras han traído consuelo a muchos creyentes, les ha dado seguridad y bendición ¡a mí mismo! Hemos mirado más allá del futuro con confianza de que estaremos con el Señor eternamente, pero este versículo tiene también otra aplicación que vamos a mirar enseguida.

¿Recuerdas que dije que este capítulo había que mirarlo teniendo en mente el anterior? ¿Y recuerdas la condenación, el tormento, la ruina que estaba experimentando el protagonista de la segunda parte? ¿El hombre que quería hacer en bien y se veía arrastrado al fondo de su miseria por el pecado que moraba en él? Pues a esta condenación se refiere aquí, a la derrota, al fracaso en la vida diaria. Lo vemos fijándonos en el versículo dos.

2 *“Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”*

El hombre del capítulo siete, un creyente viviendo en la carne, en su esfuerzo, había descubierto que no conseguía la victoria deseada porque “una ley” la ley del pecado se lo impedía. Sabemos que una ley es algo que siempre funciona de la misma manera, como la ley de la gravedad ¡siempre que tiras algo para arriba, cae atraído por ella! Nuca falla, si fallara no sería “una ley” ¿Comprendes porqué Pablo la llama “la ley del pecado?” porque no falla: Siempre que queremos hacer el bien ¡nos la pegamos! Pero en este versículo nos habla de otra ley ¡Que tampoco falla! “La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús”. Cuando reconocemos el fracaso de nuestros esfuerzos y aceptamos que morimos con Cristo, damos libertad al Espíritu que mora en nosotros para manifestar su ley en nuestras vidas. Y esa ley es una ley de vida, la Nueva Vida, la vida de Dios, de Cristo. Esta “ley del Espíritu” nos libra de “la ley del pecado”. No hay otra manera, no existe otra forma ¿Hemos fracasado lo suficiente para reconocerlo y atrevernos a probarlo?

El versículo dos y el tres comienzan por un “porque...” dando una explicación a la verdad enseñada en el anterior, así el dos nos explica el por qué ya no hay condenación y el tres el por qué encontramos libertad en la ley del Espíritu.

3 *“Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne”*

La Ley de la que habla aquí es la ley de Dios, de sus mandamientos, que el creyente que nos está sirviendo de ilustración había probado a cumplirla para alcanzar por ese medio agradar y servir a Dios. ¡Nos está haciendo referencia a él! A esa experiencia de fracaso. Y aunque la Ley de Dios es santa, justa y buena, resultaba débil por la carne, por esa carne en la cual “no mora el bien”, la mía y la tuya. Así Dios hizo posible lo imposible por medio de Su Hijo, el cual tomó nuestra semejanza y en la cruz acabó con la carne débil y con la ley del pecado ¡nos llevó con El a través de la muerte hasta el otro lado donde hay vida, una ley de vida... que se experimenta cuando “andamos conforme al Espíritu”.

Tal vez conviene hacer aquí una aclaración mas: ¿Qué representa la Ley de Dios? Ella expresa la voluntad de Dios, Su justicia perfecta. También encarna todos los proyectos más nobles que el ser humano pueda emprender, conozca la Ley o la ignore; lo más digno de alabanza, sus mejores intenciones e iniciativas, los más dignos ideales, la Ley es la suma de lo mejor del hombre. Así que, no sólo la Ley produce en nosotros “fruto para muerte” como leímos en 7:5, sino también nuestros mejores deseos y proyectos. En Cristo hemos muerto a la Ley, pero también a nosotros mismos ¡a lo mejor de nosotros!

4 *“para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”*

Si podemos tener ante la vista, la experiencia de nuestro hombre “ilustrativo” del capítulo anterior, podemos ver de una forma muy clara lo que es “andar conforme a la carne”. Todo su esfuerzo por hacer lo bueno, todos sus propósitos para alcanzar las mejores metas, eran “en la carne”. Todo aquello que hacemos y el YO es el protagonista, es en la carne. Todo en que la vieja naturaleza está implicada, aunque sea lo mejor del mundo y lo mejor de nosotros mismos, es carne. Todo está condenado al fracaso.

Pero si reconocemos nuestra muerte con Cristo, si tomamos esta posición, este lugar que Dios no ha asignado, el lugar del YO, de la carne, y permanecemos por fe ahí, donde Dios nos puso hace más de dos mil años en Cristo, no tardaremos en experimentar lo que es “andar conforme al Espíritu”. ¿Recuerdas que el capítulo siete empezaba enseñándonos que hemos muerto en Cristo a la Ley de Dios? ¿y que nos pide en el versículo 6 que sirvamos bajo un nuevo régimen? ¿Bajo qué régimen? El del Espíritu. Lo dice así:

“Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra.”

A partir de ahora todo va a depender de “cómo andamos”. Como hemos visto hay dos formas de andar y de ellas dependen dos resultados totalmente diferentes: El andar conforme a la carne nos llevará inevitablemente al fracaso, no es que perdamos algo de la salvación, en ninguna manera, todo lo que Dios nos ha dado permanece inalterable, inextinguible, pero iremos de derrota en derrota. El andar conforme al Espíritu nos llevará en victoria, ¡fíjate! La justicia de la Ley, su perfección, su gloria, se manifestará en nosotros ¿Es esto posible? Sí, porque el Espíritu podrá exteriorizar su fruto en nosotros ¿Recuerdas cuál es?

“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza;” Gálatas 5:22-23

DOS FORMAS DE “ANDAR” Y SUS EFECTOS.

El “andar”, en la Palabra de Dios expresa la forma en que pensamos, tomamos decisiones, iniciativas, nos comportamos, vivimos. Así los siguientes versículos nos definen el resultado de andar en la carne o andar en el Espíritu. Como todas las cosas, esto también empieza por “un pensamiento” al que le sigue “una acción” que se convierte en “una forma de vivir”. El creyente del capítulo anterior “pensó” que lo mejor era tener la Ley de Dios como meta, puso manos a la obra y lo hizo su forma de vida, este desarrollo lo vemos aquí expuesto:

“Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios.” Romanos 8:5-8

Y como recordamos de sus experiencias sólo consiguió muerte, enemistad con Dios y el sentimiento angustioso de que por más que lo tratase no conseguía agradarle. Pero notamos el contraste con “el andar” en

el Espíritu, confiando en lo que Dios ha hecho en Cristo, en aceptar nuestra muerte con El y permitirle que viva en nosotros: Empezamos a disfrutar de vida y paz, de amistad con Dios y el sentir profundo de que estamos agradándole. En la carne, soy YO quien hace; en el Espíritu descanso en lo que Dios ha hecho, es como la Vid y los pámpanos de Juan 15, para que se desarrolle el pámpano y dé fruto sólo tiene que descansar donde está, no tiene que hacer nada por él mismo; Y como a los pámpanos Dios les ha puesto en la vid, a nosotros nos ha puesto “en Cristo”. Algunos piensan que la vida de descanso “en Cristo” es una vida de inactividad, por una parte es cierto: es inactividad del YO, que ha muerto y lógicamente un muerto no puede hacer nada, ni bueno, ni malo, pero es una actividad del Espíritu, de Cristo en nosotros ¡mucho más fecunda y provechosa!

LA NUEVA VIDA EN CRISTO.

En los versículos siguientes deja por un momento de mirar el capítulo siete como referente, para fijar su atención en lo que Dios ha hecho y mostrárnoslo: si somos creyentes y el Espíritu está en nosotros, nuestra muerte con Cristo es tan real como fue la Suya, pero su Espíritu vivifica el nuestro con la nueva vida. ¡Aun nuestro cuerpo murió! El cuerpo Adámico fue sentenciado en Cristo y muerto juntamente con El, pero ahora el Espíritu que mora en nosotros, lo vivifica con la vida de Cristo anulando el señorío del pecado.

“Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.” Romanos 8:9-11

Por eso nos dice que no debemos vivir según la carne, pues todo aquello murió; y sí según el Espíritu, porque ahora somos nuevas criaturas, “una nueva creación” en Cristo. Dios ha hecho mucho más que apuntarnos al libro de registro de miembros de una iglesia, o en cualquier otro registro humano como puede ser la Seguridad Social, algo que escapa a las técnicas de clonación y manipulación genética humana, nos ha dado su misma vida, su misma naturaleza. Es algo que nadie puede deshacer, es para siempre.

Pero aun con todo lo que Dios ha hecho y teniendo todo este equipamiento, seguimos disponiendo de la capacidad de “andar” en la vieja naturaleza, en la carne, en el “viejo régimen” en nuestras fuerzas y recursos; somos nosotros mismos los que elegimos cómo vivir cada día, pero lógicamente los resultados dependerán de la elección que hagamos. El apóstol nos exhorta continuamente a “andar en el Espíritu y no satisfacer los deseos de la carne” porque ahí está la vida, la nueva vida que Dios ha preparado para nosotros en Cristo.

“Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.” Romanos 8:12

El versículo 12 es la última referencia al creyente del capítulo siete y a la experiencia que vivió ilustrativamente para nuestra enseñanza. Nos enseña que “somos deudores” pero ¿A quién o a qué? ¿A la carne para que sigamos en ella? ¡NO! ¿Qué nos ha dado? ¿Qué hemos sacado de sus deseos y aspiraciones? ¿De los esfuerzos por mejorarnos? ¿Por alcanzar metas? ¿Por servir a Dios? ¿Por los más altos propósitos que nos hemos hecho a nosotros mismos? Nos propusimos ser más pacientes y terminamos pelándonos con todos. Tratamos de ser más amistosos y sólo estamos haciendo esfuerzos para parecerlo. Quisimos vencer el pecado y somos los más grandes derrotados por él. Pretendimos alcanzar la vida y lloramos en nuestro interior por el fracaso en todas las áreas. ¿Deudores al Espíritu? ¡SÍ! ¿A Cristo? Sin lugar a dudas. Su obra es perfecta, está acabada, Dios nos ha dado con El todas las cosas ¡No falta nada! Nos ha justificado, Salvado, Santificado, estamos completos en El, hechos perfectos para siempre, muertos pero vivos, ¿Con qué vida? Con la suya. Antes muertos espiritualmente, ahora vivos juntamente con El. Bendecidos con toda bendición espiritual en el Amado, en Cristo para siempre. ¿Qué nos espera si andamos en la carne? Su fruto es muerte de nuevo, derrota, frustración y fracaso, No, no debemos nada a la carne.

EL ESPÍRITU OBRANDO EN NOSOTROS.

Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de

Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.” Romanos 8:13-17

“Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos.” Romanos 8:26-27

En esta última sección podemos ver algunas de las maneras en que el Espíritu Santo quiere obrar o manifestarse en nosotros, ¡cuánto nos queda por experimentar de lo que Dios ha preparado para sus hijos! Su guía, su dirección, su consejo en esta o en aquella decisión, en las encrucijadas de la vida, cuando tenemos que hacer una elección, buscar un trabajo, en el matrimonio, en la vida diaria, en ese momento a momento. Como dice Juan: *“él os guiará a toda la verdad”* ¿Y cómo lo hará? ¿Cómo lo hace? El Espíritu Santo vive con nuestro espíritu, en el centro de nuestra vida, en el interior, podemos decir en el corazón, ahí *“El da testimonio a nuestro espíritu”* no sólo de que somos hijos de Dios, sino también de toda verdad y de sus deseos para nosotros, de su guía y dirección.

Cuando El da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, nos sitúa en el lugar correcto de los afectos y tratos de Dios para nosotros, dejamos de sentirnos esclavos o servidores, para pasar a la esfera de hijos en el Hijo, pero con un sentir real de seguridad y confianza que nos hace exclamar ¡Padre querido! Con el que cualquier temor huye del corazón y su paz nos inunda.

El Espíritu también nos ayuda en la oración, porque muchas veces no sabemos pedir como conviene ¡ni sabemos lo que pedimos! Pero el Espíritu nos ayuda llevándonos a “descubrir” y traducir los gemidos profundos en palabras, en cosas concretas que Dios también conoce, y aquel gemido, ese sentir se va haciendo claro a nuestro entendimiento como la voluntad de Dios para nosotros, para que pidamos o hagamos.

Hasta aquí tenemos lo que Pablo nos enseña acerca del Espíritu Santo en este capítulo ¡no he agotado el tema! Sólo he arañado la superficie de lo que hay en este capítulo, y también hay más en otras epístolas y evangelios, pero delante de nosotros tenemos las “líneas maestras” de esta nueva vida que Dios nos ha dado y que su deseo es que la vivamos, que la disfrutemos. Tampoco quiero dejar la impresión de que es fácil ¿Quién se lo creería? Pero si quiero decir que no hay otra manera de vivir la vida cristiana real y auténtica. Que lo que Dios ha hecho está bien hecho y además ¡acabado! Y que cuantas veces nos salgamos del camino, debemos volver a El. Dios también permitirá que comprobemos por la experiencia que “en la carne” no hay salida, que fracasemos, que quedemos vacíos y también usará las herramientas de la aflicción y hasta la desesperación como vimos en nuestro personaje del capítulo siete, pero todo será para llevarnos a esa vida profunda y abundante que ya ha preparado para nosotros.

Feliciano Briones
Cursos Bíblicos
Apartado 2.459
28080 MADRID

correo-e:
cursosbiblicos2000@yahoo.es